

- Esto somos
- Aviso legal

# ...Sigueleyendo



- [Entrevistas](#)
- [La opinión](#)
- [Los Proust](#)
- [Prueba con esto](#)
- [BICHOS](#)

- 
- 
- 

## Aquí todo es mejor

Por

[sigueleyendo](#)

– 22 mayo, 2012 Publicado en: [Prueba con esto](#)



Justin Taylor.

**Una pizca de gris** es uno de los relatos de Justin Taylor incluidos en *Aquí todo es mejor*.

### UNA PIZCA DE GRIS

Riot está de paseo por la calle Cuatro Este, más allá del KGB Bar, romiéndose un burrito envuelto en papel de plata que ha encontrado en la papelera de la esquina con la Tercera Avenida. Riot está resqueroso y débil. No quiere que lo vean con el burrito: es de ternera, y aunque él es de los que combaten el consumismo recuperando comida de la basura, entre el personal de los bancos de Tompkins Square hay varios veganos radicales que le harán la vida imposible, y no está de humor, francamente. Así que se toma su tiempo. No es que tenga muchísima prisa.

Riot lleva un parche en el ojo y una chaqueta tiradisima de piel blanca que encontró en una caja en el centro para los sin techo de la calle Bowery. Luego le incorporó unos añadidos —con un rotulador Sharpie, eso no habría ni que aclararlo— para que sus banditas favoritas (Black Flag, Choking Victim, etcétera) estuvieran representadas en las mangas. La espalda de la chaqueta está enteramente consagrada a una sola afirmación: el 11/09 FUE UN REICHSTAG, tema del que podría hablarte hasta que te cansaras de escucharlo y un rato más todavía. En realidad, resulta bastante convincente hasta que llega a la mierda esa tan sobada de la Conspiración Internacional Judía. Vale, tío, que ya sabemos todo lo que hay que saber de los vínculos con Israel.

Aboco está en la Cuatro Este con la Primera, en la esquina sur/oeste. Se termina el burrito, estruja el papel de plata en la palma hasta formar una bola, la tira a una papelera metálica verde idéntica a la que hace tan sólo unos minutos contenía su comida, y cruza la Primera en rojo provocando los bocinazos de varios taxistas y un cuatro por cuatro demasiado. Levanta ese dedo y va dedicando el gesto a los coches, uno tras otro, hasta que arde con todos. El semáforo cambia, cruza hacia el norte en la calle Cuatro, en rojo otra vez, y luego vuelve a dirigirse al este. Cuando llega a la avenida A vuelve a doblar al norte, y en St. Mark's Place decide que en realidad tal vez no quiera pasar el rato con los chicos en el parque. Lo que de verdad quiere —ojo, necesita— es un cuarto de baño.

¿Será posible que el burrito, que hasta hace poquísimo parecía una bendición del cielo, tenga la culpa? —Eh, tío —le dice a una señora mayor que pasea un eslinio judaico—, ¿me ayudarías? Seré un segundo. Quiero coger el tren a Staten Island para ir a ver a mi abuela, pero no me alcanza.

La mujer sigue caminando sin mirarlo. Un apretón en las tripas. Nota el sudor que le brota en la frente. La calle está desprovista de peatones, las únicas excepciones son personas que se le parecen demasiado como para que valga la pena acercarse a ellas.

Espere.

Hay un bolsillo en el que no había mirado. El pequeñito es el que a veces... ¡SE! Es un papel. Un billete de cinco

dólares, en realidad. ¡Gloria!

Tim, treinta y un años, acababa de empezar una relación con Kim cuando su vieja amiga Natalie, veintinueve, le dijo que tal vez estuviera lista para darse, por fin, la auténtica oportunidad que, secretamente, tanto ella como él siempre habían creído que se merecían. Y aunque lo de Kim parecía prometedor, Tim rompió con ella. Ahora pone en duda su decisión, porque después de seis semanas con Natalie cada vez está más claro que el «tal vez» tenía mucho más peso del que había supuesto. En realidad, y si no anda equivocado, a estas alturas ella ya ha roto con él. Está en mitad de un monólogo larguísimo: nunca tendrían que haber arriesgado algo tan valioso y extraordinario como esa conexión tan auténtica que siempre habían tenido; algunas cosas son mejores que el sexo, aunque no quede «guay» decirlo; lo que ahora tienen que hacer es empezar a pensar cómo volver a dejar las cosas como estaban antes. Comportémonos como adultos.

Están en la cama. Es domingo por la mañana, las diez y media, aproximadamente. El apartamento de Natalie queda en la calle Nueve Este, entre la C y la D.

Tim mueve la cabeza como si estuviera de acuerdo con ella. No lo está. Cree que anoche, mientras lo hacían, pensaban de verdad lo que estaban diciendo: una llamada y respuesta inesperada, un Te Quiero y Yo a Ti También.

Tim no recuerda quién empezó y quién contestó. Si pudiera saberlo tendría la llave de la situación, eso seguro. Le gustaría poder hablar sobre el hecho de que decirlo, lo dijeron, por lo menos, pero no puede arriesgarse a intentarlo con un «dijimos» para que luego ella le responda que fue él quien empezó y que la pilló desprevenida o, todavía peor, que se lo dijo para quedar bien. Por otra parte, si quien empezó fue Natalie, entonces tal vez estuviera esperando —suplicando, en el fondo— que él la obligara a atenerse a sus palabras y salvara lo suyo. Tienes miedo, pero no pasa nada, Natalie. Deja de sabotear lo mejor que nos ha pasado a los dos, Natalie.

Tim: «Sí, supongo que tienes razón», y tópicos parecidos. Dios, a él se le da tan mal como a ella. Natalie se da cuenta. En la extensión más amplia y kármica del asunto, cada uno se merece al otro del todo, o se lo merecería si lo que de verdad le correspondiera no fuera la soledad más abyecta. A todo el mundo le llega lo que se merece, y si no le llega es que la injusticia del sufrimiento inmerecido es, de hecho, justo lo que merece. Dios, Natalie no para de darle vueltas durante todo el día a esta mierda metanálisis. Es tan lista que no tiene seguro médico porque los trabajos le duran tan poco que nunca tiene derecho a la prestación, lo que resulta verdaderamente alarmante... o perfectamente lógico. Como también lo es que termine en estas situaciones con tipos como Tim. Oh, ya estamos otra vez, cebándose con él. Lo único que él hizo fue lo que tú querías.

Bueno, vale, pero ¿quién dice que eso no se lo pueda echar en cara?

Por si no os dais cuenta, Natalie está sufriendo un pequeño ataque; todo mental, por supuesto. En la vida real, Natalie está sentada en la cama, callada, hace rato que ha terminado su discurso. Está desnuda bajo la sábana que tiene subida hasta el cuello, incomodando a Tim con su silencio, aunque podrían decir sin temor a equivocarnos que saber lo que Natalie piensa no contribuiría a que se sintiera más cómoda.

Tim, ya vestido, está de pie al lado de la puerta. Natalie lleva un albornoz. Parece suave, gastado; ropa cómoda. Se dan un beso de despedida rápido y algo torpe. Debería parecer el final de algo. No lo parece, pero tampoco es un comienzo, exortamente. Es y basta, y al cabo de un segundo, era. Ahora Tim está en la calle. Debería ir a casa y trabajar un poco, pero a la mierda.

.

Tim trabaja por su cuenta diseñando páginas web y toca en un grupo de versiones en un local para turistas del West Village, un bar-restaurante de precios desorbitados que tiene su amigo Ted. No ahorra, pero le alcanza para pagar el alquiler todos los meses e ir tirando, lo que es más de lo que podía decir no hace demasiado.

En el *Summer of Love* siempre están en 1969, aunque todo el mundo sabe que el verano del amor fue el del sesenta y siete. Es más: precisamente porque nadie lo sabe. Tim es un gran guitarrista, por eso toca de solista los martes, jueves y sábados por la noche, cuando en el escenario principal del *Summer of Love* —es decir, en el comedor— actúan los Grateful Dead. Cada noche hacen dos pases, como la banda auténtica, y usan auténticos set lists de la época; menos disfrazarse, lo hacen todo para recrear el concierto original. Como Tim suele ir siempre con pantalones de pana rojizos y camiseta negra, ya va vestido de García, del García de los noventa, claro, pero cuando la gente piensa en los Grateful Dead lo que les viene a la cabeza son los estampados de batik y nadie pilló la referencia, y si alguien la pilló piensa «Vale, ¿y qué?».

La cafetería favorita de Tim está en la esquina de la Nueve y la avenida A. Se llama Harry Smith, y si eso no te lo dice todo, lo más probable es que no sea un lugar para ti, aunque prueba a explicárselo a todos los yuppies que acaban de llegar. A los forasteros es muy fácil reconocerlos, porque siempre añaden la ese y dicen Harry Smith's, tipo «Eh, ¿quieres que quedemos? ¿Dónde estás? Yo estoy como a una manzana de la iglesia de San Marcos, en un Harry Smith's, sí, es una especie de museo. Huele un poco raro, pero creo que te dejarán enchufar el portátil».

Eso es lo que Tim le oye decir a una chica que habla por el móvil cuando abre la puerta y entra. Solían tener una política antimóvil muy estricta. El camarero de turno se acercaba y te advertía con mucha amabilidad, sólo una vez. Si dabas el coñazo, puerta. Eso pasaba en los tiempos en los que el móvil era un lujo grosero, una ostentosa marea de casta. El cartel de prohibido usar el móvil sigue colgado, pero llevan años sin aplicarse la norma. El futuro es todo aquello ante lo que terminas odiando. Alguien tendría que escribir eso en una pared.

El logado de la cafetería está garabateado en las paredes con Sharpie, ese cincel de nuestros tiempos, ese bastón con punta de hollín. Sobre la puerta de entrada, donde Dante sitúa la advertencia sobre la esperanza perdida, algún profeta —alias desconocido— ha escrito EL PUNK NO HA MUERTO, ESTÁ DORMIDO. Y debajo, en letras más pequeñas, Sharpie negro de nuevo, aunque obra de otra mano, eso está clarísimo: AQUÍ TODO ES MEJOR. Al pasar por debajo, a Tim le viene a la cabeza lo mismo que piensa cada vez que entra en la cafetería: «Si Nuestro Señor quiere y el río no se desborda».

¿Es una oración o un chiste? No está seguro. Da igual. Para cuando dejó de saber en qué creía y, más tarde, cuando ya no creía en creer en nada, llevaba tanto tiempo frecuentando ese lugar que dejar de hacerlo quedaba fuera de cuestión, porque es un sitio que conoce y en el que lo conocen. Incluso llegó a trabajar aquí en el 2002 durante una temporada, cuando las cosas se pusieron feas de verdad.

Una corona de flores en forma de corazón —es inmensa— sobre un pedestal en medio de la sala. Una banda blanca como la de las mixers la atraviesa. Rec: R.L.P. HARRY SMITH.

— ¿Qué mierda es...? —le dice a Lisa. Empezó a trabajar en Harry Smith poco después de que él lo dejara, pero ya lleva más tiempo que ningún otro empleado que él haya visto. Tim cree que lo han nombrado gerente y todo, aunque nunca dirías que este sitio pudiera tener un gerente. Tim le toma las medidas como si la viera por primera vez, como si no llevara los últimos ocho años pasando por el local cuatro o cinco veces por semana. Lisa es una chica fornida de veintipocos con el pelo corto hasta las orejas surcado de mechas de color rosa brillante, y un par de ojos verdes de un atractivo nada desdibujable.

— Cuéntame todo —le pide Tim—. Dime que se arreglará.

— Más o menos. No lo sé. El negocio va bien, las cuentas y todo. Lionel y Sadie no van a vender ni nada, lo que pasa es que se han cansado del modelo de negocio, imagino. Quieren convertirlo en un sitio para familias. Como



un local al que pudieran llevar a sus hijos, ¿sabes? Pero van a quedarse con todos los que queramos seguir trabajando, o eso creo. Yo sigo, vamos. No sé, ya veremos, supongo.

Tim conoce a Lionel y a Sadie desde hace mucho. En realidad, Tim conoce a Sadie de antes de que ella conociera a Lionel, aunque ya nunca hablan de los viejos tiempos. Se acuerda de cuando nació su primer hijo, el niño, y luego llegó la niña. Se alegró por ellos, que iban estableciéndose y consiguiendo lo que se habían propuesto, aunque nunca se le había pasado por la cabeza que esas vidas pudieran llegar a ejercer algún impacto en la suya. (El medio de sustento de la pareja era su segundo hogar, y también le habían dado trabajo, pero por lo que a él respectaba, eso era algo completamente distinto.) Que el Harry Smith pudiera haber tenido un plan empresarial es algo que a Tim no le gusta, y que pueda volver a tener otro, mucho menos. Siempre lo había visto más como un servicio público —como un parque natural del estado, por ejemplo— que como un negocio.

Y esto lo piensa alguien que había trabajado allí. Atención.

Lisa le pasa a Tim un café helado con leche de soja, la bebida que lleva dos años siendo su preferida, desde que sus inseparables espresos dobles empezaron a dejarlo demasiado tembloroso y con el corazón tan acelerado que ya no podía leer las publicaciones alternativas.

—Eh, empieza a haber cola, y como no son clientes habituales no les hará mucha gracia, pero escucha una cosa: vamos a organizar una fiesta dentro de una semana. Para el personal y los amigos del café y tal. Tendrás que venir.

Bueno, algo es algo. Una fiesta. Tim lleva la bebida al sofá marrón, donde queda un sitio libre al lado de Jana, cuyo nombre se pronuncia como si se escribiera con y griega. Tiene la tez aceitunada y una nariz muy mona a la que le falta una pizca minúscula para ser insuperablemente mona, y el pelo negro y corto como de duende peinado para que no parezca que se lo peina, aunque puede que en realidad no se lo peine. Lleva un jersey oscuro de cuello alto que realza sus pechos pequeños sin llegar a ser demasiado llamativos, vaqueros negros, y un cinturón de esos con doble fila de tachuelas metálicas en forma de pirámide. Se conocen desde que ella empezó a ir por el Harry Smith. Tim no se acuerda de la primera vez que la vio, pero sabe que él es un cliente con más antigüedad, lo que resulta lógico, porque con treinta y uno le llevará, ¿cuánto? ¿Cinco, seis años? Están cada uno en un extremo del largo viaje a la facultad. Que es lo mismo que decir que ella todavía iba al instituto el año en que él creyó que iba a hacerse famoso, y que cuando él ya trabajaba en la cafetería ella debió de pensar que coger La Biblia Como Literatura de optativa de primero sería guay.

—¿Y tú qué opinas de todo esto? —le dice Tim a Jana señalando la corona.

Se pregunta quién la habrá encargado, si fue Lionel o Sadie o algún cliente habitual. (Todos los clientes habituales creen que ellos son el cliente habitual por excelencia, el más querido y apreciado, así que si alguien estaba al corriente del asunto antes que él, ¿quién debía de ser? Y ¿por qué?)

—¿Qué tengo que opinar? —contesta Jana—. Aquí todos son unos vendidos, parece. Esta ciudad es una puta cáscara muerta.

Riot abre la puerta. Tendrá la edad de Tim, puede que sea un poco mayor y todo. Con los sin techo nunca se sabe. Le sujeta la puerta a una rubia de bote vestida con ropa de diseño que ha comprado en las rebajas. Para Jana, un ejemplo ilustrativo donde los haya.

—Después de usted, señorita —dice Riot con una cortesía exagerada que no es más que lascivia.

El asco que le provoca a la chica es tan evidente, que resulta asombroso que no salga corriendo disparada. Hubo un tiempo en que una chica como ésa no habría pisado un sitio como éste. Ahora es probable que viva a la vuelta de la esquina y pague una suma de cuatro cifras por un apartamento en un quinto sin ascensor, y que cuando el repartidor le lleve su comida tailandesa, le dé dos dólares de propina en vez de tres porque siempre se acuerda de lo que papá decía de los peniques que no se gastan y los que se ahorran.

Lisa ve a Riot, y lo primero que dice es «No».

—Vamos, tío, vamos —dice—. Hoy tengo dinero. Pero primero tengo que ir al váter.

—Ni hablar.

La chica a la que Riot sujetaba la puerta ha encontrado a su amiga. No es de extrañar que sea la chica que hablaba por el móvil cuando Tim entró.

—Vale, vale —dice Riot. Pide un café y arroja el billete de cinco sobre el mostrador.

Lisa no sabe qué hacer. Lo que le gustaría sería echar a Riot de una patada en el culo. Le han prohibido la entrada a la cafetería más veces de las que nadie pueda contar, pero el caso es el siguiente: si lo echa, se quedará en la calle gritando sobre el fascismo y pidiendo limosna a la gente que pase y montando un numerito hasta que alguien —Lisa, probablemente— llame a la policía, y entonces aparecerán los agentes y montará esa escena justo ahí delante. Lo que Lisa piensa es que si le sirve y punto, puede que se porte bien. ¿Quién sabe? Cosas más raras se han visto en la cafetería, aunque tampoco tantas.

Acepta su dinero y se da la vuelta para servirle el café. Riot coge la llave del baño del mostrador y se dirige al fondo.

Tim y Jana han estado contemplando la escena en silencio. Tim trataba de decidir si debía tomar parte en el asunto: decirle a Lisa que se tranquilizara, tal vez; o quizá decirle a Riot que si salía le daría un dólar. ¿Quién sabe lo que Jana pensará de toda esta gente y de todo esto? Está bebiendo café solo. Tim se pregunta si al menos le habrá echado azúcar.

—Vendrás a la fiesta, ¿no? —le pregunta.

—¿Quién quiere celebrar la muerte? —responde Jana.

Pasan unos minutos. Beben sin hablar. Tim cae en la cuenta de que Riot todavía no ha salido del baño.

—Eh, Lisa.

—Estaba pensando lo mismo, cariño —le responde.

Y grita—: ¡RIOT! DIEZ SEGUNDOS Y ABRO LA PUTA PUERTA A PATADAS.

Tim ríe y menea la cabeza. Cuando ése sea un sitio burgués, Lisa no durará ni un minuto de gerente.

—Cuatro... Tres... Dos... VALE GILIPOLLAS ALLÁ VOY. MÁS VALE QUE TE HAYAS SUBIDO LOS PANTALONES.

Lisa está a punto de pegar una patada, pero la puerta no está atrancada. Podría pasar cualquier cosa.

No pasa nada.

#### • Entradas recientes



**SIGULEYENDO +**  
**THIS IS NOT A COMPANY**  
SERVICIOS EDITORIALES

Tutorías de escritura | Diseño de páginas web/blogs | Edición, diseño y maquetación de libros | Comercialización y distribución | Asesoría de gestión online

info@siguleyendo.es

#### • Prueba con esto



#### [Un inquietante amanecer](#)

Alguien lo asesinó con una pistola antigua, perteneciente al ejército soviético durante la Segunda Guerra, ¿A dónde conduce esa pista?

[Siguleyendo >](#)



#### [Aquí todo es mejor](#)

Un viaje a la juventud contemporánea, eternamente joven, desolada, perdida y sin afecto, que busca y no encuentra un sentido para su vida.

[Siguleyendo >](#)



#### [Delhi no está lejos](#)

Una mirada desde el techo del mundo sobre los mundos interiores y sus reflejos externos.

[Siguleyendo >](#)



#### [Trilobites](#)

La única obra de un autor que terminó con su vida dejando una deuda, aquello que podría haber escrito, porque era un grande.

[Siguleyendo >](#)

#### • Colección de Bichos



#### [El tamaño del crimen](#)

1,00€

**ONLINE PROJECTS FOR YOU!**

**BAN!**

BUENOS AIRES NEGRA

Lo del retrete es asqueroso (Riot no ha tirado de la cadena), pero al menos no lo usa para jugar. Ni se está pinchando ni nada. En realidad, parece haber olvidado lo que contiene la taza del váter. Ha sacado un Sharpie y está detallando algunas de sus teorías sobre el 11-S en la tapa de la cisterna.

—La gente tiene que saber —le dice a Lisa, que lo agarra de la chaqueta, lo arroja a la sala y le da al botón de la cisterna con la bota.

—Vale, gilipollas —responde ella—. Estás acabado. Sal por la puerta o llamo a la policía.

—No eres más que otra pieza del engranaje —dice Riot—. Mueves la cuerda que tira del fascismo.

—¿Sabes qué? —Coge el teléfono—. Tienes razón.

—Vale, muy bien, mierda, Dios. Ponme el café en un vaso para llevar y me largo.

Tim es de alguna ciudad de mierda del Medio Oeste. De adolescente era buen estudiante, pero como luego la universidad se le hizo una montaña (por las setas, sobre todo), no pasó del semestre de primavera de su primer año en la Colorado State. Se tomó un tiempo, se matriculó en el curso de jazz de la New School y se instaló en Nueva York. Llegó a licenciarse, pero fue por los pelos, porque después de mudarse a la ciudad descubrió la escena del *freak-folk*, que entonces estaba en todo su esplendor. Tim sabe que, de haber perseverado, su antigua banda, Flash Pounce, podría haber triunfado. Sus directos eran legendarios, todos los locales querían contratarlos. Se disolvieron por los motivos habituales: diferencias artísticas, un par de miembros que le daban demasiado al *speed*, y luego el que tocaba la trompeta y los sintetizadores se prometió y decidió volver a Chicago.

Natalie llama a Tim el martes por la noche, el miércoles por la mañana, técnicamente. Serán las dos y media. Estaba durmiendo, pero cuando ella le pregunta si lo ha despertado, él contesta que no. Le dice que acaba de llegar a casa de un modo que, espera, dará a entender que tenía una cita.

—Lástima que estés tan lejos —dice arrastrando las palabras—. Te echo de menos.

—Podría coger el tren, supongo. —En la zona de Brooklyn en la que Tim vive no hay taxis.

—No, es demasiado tarde.

—Ya, tienes razón. Bueno.

—Tim. Escucha. Escucha. Podríamos... ¿hablar?

La palabra tiene un peso extraño. ¿Hablar de qué? ¿De ellos? ¿Qué les queda por decir? ¿Volverá a romper con él para terminar de rematarlo?

Pero él dice sí, claro, y ella empieza a hablar. A soltar guarradas, de hecho, primero de lo que hicieron durante el fin de semana y luego de cosas inventadas. Describe con tórrido e inspirador detalle todo lo que cada uno le hace al otro, y luego lo que no se hacen. En un momento dado, Tim se da cuenta de que Natalie se está haciendo una paja. Por lo tanto... él debería hacerse otra, ¿no?

Esta mano es la mano de Natalie.

Esta mano es la cara de Natalie, etc.

—Joooder —dice Natalie.

Hace unos ruiditos al teléfono y Tim trata de convencerse de que ya es la segunda vez que los oye esta semana, aunque para ser sincero consigo mismo (no lo será), Natalie parece mucho más excitada ahora que cuando lo hicieron juntos en persona; en cualquier caso, lo de que no hay mejor amante que uno mismo no es un gran descubrimiento, precisamente. ¿Quién va a saber lo que quieres mejor que tú? De todos modos, ya hace cuatro o cinco minutos que está a punto. ¿A qué espera? Si no la tiene ahí de verdad, la etiqueta sobra.

Es sábado por la noche. Hoy tocan el concierto del Palladium del 30 de abril del setenta y siete: nada del rollito blues de cuando estaba Pígen, y los temas country tendrán un punto jazz y un tempo lento. Una "Friend of the Devil" del setenta y uno es una marcha a buen ritmo de tres minutos. Una "Friend of the Devil" del setenta y siete es dos o tres veces más larga, y tienes que interpretarla como un canto fúnebre, con la desesperación con la que entonarías "St. James Hospital". Y luego está "Terrapin Station", una epopeya flipada sobre la que cuanto menos se diga, mucho mejor.

Para el último bis tocan "Touch of Grey", el único número uno que los Grateful Dead tuvieron en su carrera, aunque no lo escribieron hasta el ochenta y tantos: la publicación oficial es de 1987. Hagan el concierto que hagan, su último bis siempre es "Touch of Grey". Política de la casa.

Afortunadamente, la turistada vuelve al hotel temprano. Puede que tengan entradas para una sesión matinal al día siguiente. A medianoche Tim ya está en la calle. Se está muy bien en la calle, por cierto. Camina de un Village al otro. Está a punto de llegar cuando suena el móvil. ¿Adivináis quién puede ser?

—Eh, ¿dónde estás? ¿En casa?

—No, en realidad estoy de camino a una fiesta que queda por tu apartamento. ¿Quieres que nos veamos?

—No me parece buena idea, Tim.

—¿Por qué lo repites todo el rato? Yo quiero verte. Tú quieres verme.

—Me gustó lo que hicimos la otra noche.

Silencio de Tim.

—¿A ti no te gustó? —continúa ella—. ¿No lo hice bien?

¿Cómo te planteas qué enfoque vas a darle a la respuesta a esa pregunta? Decir, por ejemplo, En realidad no hiciste nada. No estabas ahí, y yo tampoco. O: esto es súper raro. Todas esas cosas podría decir las en ese mismo instante. Podría decir lo que siente y ver a dónde le lleva eso.

—Sí, no, lo que quiero decir es que sí, que lo hiciste bien. Estuvo bien.

—Llárame cuando llegues a casa, Tim. Si quieres, digo.

En la fiesta, dos chicos, a Tim le suenan pero no sabe cómo se llaman, hablan de música. El de la barba le dice al del fedora que la prueba de que Will Oldham es el nuevo Bob Dylan está en el modo en que adapta sus canciones para el directo.



• **Suscríbete a la Newsletter**

Nombre:

E-mail:

Enviar

—Escucha *Summer in the Southwest* y compara la versión de “I Send my Love to You” con la de *Days in the Wake*. Después coge “Shelter from the Storm” de *Blood on the Tracks* y compárala con la versión en directo de *Hard Rain*.

—Ya, ¿y qué se supone que voy a descubrir cuando lo haga?

—Si no lo descubres, no hace falta que te lo explique.

—¿Sabéis quién es, según Dylan, el mejor intérprete de sus canciones? —interrumpe Tim.

Fedora:

—¿Quién?

Tim:

—¿No queréis probar?

Barba:

—¿Hendrix?

Tim:

—Jerry García.

Uno de los dos:

—Estás de coña.

El otro:

—Y no tiene gracia.

Sonriendo —es la pura verdad—, Tim coge una cerveza de la nevera que han plantificado al lado de la caja registradora y luego vuelve a salir.

Sorpresa, sorpresa.

—Bueno, ¿y qué? —le dice Jana—. Estaba aburrida.

—Aquí nadie te ha dicho nada —responde Tim—. ¿Llevas mucho rato?

Ahora podrán ir conociéndose, ¿no es bonito? No ha habido chispa, precisamente. Ésta no será una de esas historias de chica te rompe el corazón y luego conoces a otra y te das cuenta de que estaba todo escrito: a los que esperan siempre termina llegándoles lo bueno, etcétera. En realidad, Jana es un poco hijaputa. Él le está hablado del *Summer of Love*, y ella se está partiendo de la risa en su cara.

—Creo que voy a entrar a buscar algo de beber —le dice Tim confiando en que advierta el significado implícito, esto es, ya he tenido bastante de hablar contigo. En cambio, sin saber muy bien por qué, le suelta—: ¿Te pilló algo?

—Sí, perfecto, gracias —le responde ella.

Al principio piensa “Dios, ¿por qué lo habré dicho?”. Pero luego se le ocurre que si ha aceptado su oferta quizá no esté pasándose tan mal con él, y si ella no está aburriéndose puede que él tampoco.

En realidad, lo que Jana piensa no tiene nada que ver con Tim. Lo único que quería era otra cerveza y otro cigarrillo, y como dentro no se puede fumar... Pero, joder, esta fiesta es una mierda de todos modos. Aplasta el cigarrillo, entra, lo ve al lado de las cervezas hablando con alguien y ni se molesta en despedirse. Sale por la puerta y en la avenida A dobla hacia el norte. A cosa de media manzana del Harry Smith se encuentra con Riot, que está acurrucado como un niño, desgañitándose delante de una boutique nueva. La persiana está echada —cierran de noche— pero puede verse lo que hay en el escaparate. Riot huele a agrio. Algún licor de malta de mierda, seguro, piensa, aunque todos son de mierda.

—Jooo-der. —Riot.

—Tío, ¿estás bien?

Riot no dice nada, sólo señala el cristal del aparador. La carátula de *Stations of the Cross* impresa en una camiseta negra predesteñida de alguna marca famosa. No se ve ninguna etiqueta con el precio, eso sería una ordinariéz, pero Jana calcula; ¿cuánto?, ¿cientos veinte dólares? Se acuerda de cuando iba a secundaria, estaba en la cola del Hot Topic de un centro comercial de las afueras de Filadelfia comprándose una camisa roja con la cara del Che. Habían transformado sus emociones en un bien de consumo, le vendían su rebelión antes de que pudiera saber contra qué iba a dirigirla. ¿Sería mejor o peor que la prenda —post-irónica, auto-consciente, sofisticadamente vendida— expuesta en el escaparate? A la mierda, todo es una Disneylandia gigantesca, este mundo está arruinado. No queda ningún lugar en el que mantener tu fe a buen recaudo.

O puede que la moraleja sea la siguiente: la fe es un bien perecedero, no podemos reservárnosla para más adelante; sin acción, el mundo, no es nada. Esto recuerda a una pancarta o a una pegatina para el coche muy larga.

Pero ¿es cierta la moraleja?

—Vamos —le dice Jana a Riot—. ¡Arriba! Vamos a pillar algo.

.

Cuando Tim se da cuenta de que Jana ya se ha ido, se bebe su cerveza de unos cuantos tragos. También quiere pulirse la que había cogido para él, pero con la primera le ha entrado hipo y tiene que esperar a que se le pase. Luego se une a una conversación que ya estaba en marcha.

—Ésta es una de las cosas que más me gustan de los tatuajes: que hacen que el cuerpo parezca menos sagrado. El cuerpo no es sagrado. La gente debería ver las cosas como son —dice un tipo que lleva una rosa de los vientos tatuada en la mano derecha.

Un gilipollas borracho pide silencio en la sala y hace un brindis, y Tim piensa que lástima que no se le haya ocurrido a él, y empieza a circular una botella de Jack Daniels, y Tim echa un buen trago y luego se siente medio mareado y vuelve a salir —esta vez por la puerta principal—, para fumarse un cigarrillo y aliviar el estómago. Jana y Riot pasan por ahí cargados con un poste metálico como el de las señales de STOP.

—Lo hemos encontrado en un contenedor de la Dos —le dice Jana a Tim sin detenerse.

¿La calle o la avenida?, se pregunta Tim. No es que le importe. ¿Cuánto hace que le colgó a Natalie? O la mitad

del tiempo que le parece, o el doble, así que hará una hora, calcula. Cruza la calle dando tumbos y en el trayecto casi lo atropella un taxi; ni se vuelve a mirar cuando oye la reprimenda de un bocinazo. Cruza Tompkins Square Park, se sienta en los escalones de la entrada del edificio de Natalie, se saca el móvil del bolsillo y llama. La puerta del edificio es de metal pintado, y al apoyar en ella la frente nota lo fría que está. Justo cuando cree que ya no va a contestar, Natalie:

—Eh, hola.

—Eh, ¿estás despierta? Estoy en casa.



**AQUÍ TODO ES MEJOR**

**Justin Taylor**

**Traducción de Marta Alcaraz Burgueño**

**ALPHA DECAY**



0

[Vida](#)  
[Obra](#)

## Vida

Nacido en 1982 en Ciudad del Cabo, Suráfrica, ha editado libros de cuentos de varios autores como “The Apocalypse Reader” o “Come Back, Donald Barthelme”. Colabora con textos de ficción y no ficción en medios como The Believer, The Nation, The New York Tyrant, Flaunt, The Brooklyn Rail, n+1, NPR, Time Out New York o HTMLGIANT. “Aquí todo es mejor” fue su debut. “The Gospel of Anarchy”, de próxima aparición en Alpha Decay, es su primera y aclamada novela.

## Obra

Aquí todo es mejor (2012)

**Etiquetas:** [Alpha Decay](#), [Justin Taylor](#)

Sin Comentarios

Que no se te adelanten, ¡sé el primero en escribir un comentario!

Deja un comentario

Tu dirección de correo electrónico no será publicada. Los campos necesarios están marcados \*

Nombre \*

Correo electrónico \*

Web

Comentario

Publicar comentario

- [Lean y vean a Herbert](#)
- [Billy Wilder](#)
- [Mundo basura](#)